

ATHENEAE

ORGANO DEL
ATENEO DE COSTA RICA

Núm. 10

Tomo II

SAN JOSÉ
COSTA RICA

1918

30 Cts.

TIP. TREJOS HNOS.

LIBRERIA ESPAÑOLA, IMPRENTA, ENCUADERNACION Y FABRICA DE SELLOS DE HULE
de doña MARIA v. de LINES
 Instalada de nuevo a su antiguo local

Acaba de recibir seis preciosas novelas a cual más interesante:

SIN DOTE	por Pierre Mael	1 tomo rústica	¢ 2.00	por correo	¢ 2.15
LA PIMPINELA ESCARLATA	> Baronesa de Orczy	1 > >	2.00 > >		2.20
ORO ESCONDIDO	> Salvador Farina	1 > >	1.75 > >		1.90
NOBLESA AMERICANA	> Pierre Coulevain	1 > >	3.50 > >		3.70
EL EMBOSCADO	> Paul Margueritte	1 > >	2.00 > >		2.20
MARE NOSTRUM	> V. Blasco Ibañez	1 > >	3.50 > >		3.75

Visite Ud. la librería y verá los artículos japoneses que acaban de llegar

PUROS FILIPINOS de las más afamadas fábricas de Manila

SHOYU KIKKOMAN salsa japonesa para las comidas

SAKEFUKI delicioso licor popular japonés

Canastillas, Petates, Pantuflas japoneses de todo estilo

LA MARINA

EDUARDO CASTRO SABORIO

APARTADO 979

TELEFONO 584

EMPRESA M. POLINI

ESTABLECIDA EN 1900

La primera que introdujo al país, como gran mejora, carruejes finos con yantas de hule.—Los primeros automóviles que corrieron en San José fueron traídos por esta casa.—Modernos landós de lujo con libreas y uniformes aquí se estrenaron.—La mejor Funeraria con hermosos caballos, valiosas carrozas, adornos morados y cajas de todos colores, novedades que no se conocían en el país traídas expresamente para imponer el adelanto de la capital.

Teléfono 14 * * * 150 varas al Sur del Mercado

LA MAS BARATA * LA MEJOR SURTIDA

LIBRERIA TORMO LIBRERIA

AVENIDA CENTRAL, FRENTE AL BANCO MERCANTIL

TOMO II

ATHENEAE

No. 10

ORGANO DEL ATENEO DE COSTA RICA

Toda correspondencia relativa a ATHENEAE
debe dirigirse al director, apartado 113

Discurso

*pronunciado el 8 de Diciembre del corriente año en la inauguración
del monumento erigido en Puntarenas a la memoria
de los Generales Mora y Cañas*

Señoras y caballeros:

En tranquilo recogimiento, entregadas al culto venerado de sus padres y a la reminiscencia de las épocas pasadas, viven en San José las hijas de don Juan Rafael Mora y esas distinguidísimas damas tuvieron para mí la benevolencia, que nunca podré olvidar, de confiarme su representación en este acto solemne.

del joven consagrado con todo el ardor de su vibrante corazón a las glorias de su país y por lo mismo fervoroso de la epopeya y de sus caudillos, me refiero a Octavio Castro y finalmente debo decir que ha sido muy grata la forma popular de la propaganda que se hizo a la noble iniciativa y la acogida que la prensa, el Ateneo, la Sociedad de Estudian-



Benemérito
Don Juan Rafael Mora

Desea la familia Mora que conste su agradecimiento profundo para todos: las autoridades supremas del Estado y el pueblo dignamente representado por el abnegado Pastor y por los Comités de Puntarenas y de otras ciudades de la República y por la Sociedad Federal de Obreros de la capital; que haga mención especial

tes, los ciudadanos todos de este país le dispensaron y que las palabras de gratitud no pueden faltar para los delegados de los Poderes y asociaciones y para el artista por la concepción y bella ejecución del monumento, que acaba de entregarse a la pública admiración. Debo agregar señores, que como el parentesco que hoy tengo

con esta honorable familia que represento, no oscurece en mi espíritu el conocimiento de sucesos que pertenecen a la historia, acepté también la credencial honrosa que tuvo a bien darme el Ateneo de Costa Rica para ocupar esta tribuna y presentaros un estudio, digno por su imparcialidad, de la memoria de los Próceres Mora y Cañas, y de la última página de su existencia terrenal.

Después de terminar felizmente la Campaña Nacional, y no obstante los sacrificios de vidas y recursos que fué necesario imponer, los hombres de gobierno de la Administración Mora, gozaban de envidiable prestigio y se dedicaron a engrandecer moral y materialmente a su país. Ni antes ni después de 1857, el año de la paz, ha habido un Jefe de Estado a quien el pueblo conociera más de cerca y a quien tributara su cariño de modo más intenso, como lo prueba hasta la forma familiar acostumbrada para nombrarlo: «Don Juanito».

Brillaba en sus ojos la inteligencia y una vida de labor fecunda en lo privado y en lo político le había ganado las simpatías y la estimación generales, pero fué su carácter lo que le conquistó en esta tierra uno de los primeros puestos, precisamente, porque no es esa la nota dominante entre sus compatriotas. Desde 1855 llegó Walker a Nicaragua y apoyado por el partido Democrático había logrado dominarla. Desde entonces el Coronel Kinney intentaba sus proyectos de colonización y numerosos documentos, confirman la idea que existía entre algunos empresarios americanos para formar con nuestros países un Estado esclavista, anulando las libertades y la propiedad de los dueños de la tierra, y amenazando con un eclipse total para tiempos no remotos, nuestra religión, nuestra lengua y nuestra raza.

Pues bien, lo más hermoso de la participación de Costa Rica en la campaña es su iniciativa altruista, el

no haber esperado que las nubes negras oscurecieran su propio cielo, el haber acudido presurosa a los campos de Nicaragua, antes que sus hermanas, para decidir el problema de la autonomía de Centro América.

Vamos a comprobarlo citando las palabras textuales de una carta dirigida por don Juan Rafael Mora a su Agente Diplomático en Guatemala al iniciarse la campaña de 1856. Dice así el párrafo: «Cuando Costa Rica salvó sus fronteras comprometiendo el honor de sus armas, la vida de sus hijos y la paz en que ha fundado siempre su creciente prosperidad, lo hizo por la más noble, por la más santa de las causas. No la movió un interés rastrero, no el ansia de gloria, pues si es cierto que en su marcha halló ya invadido el territorio, no contaba con ello al empuñar la espada. Su primer objeto era asegurar el bienestar de Centro América».

Y después decepcionado por la actitud cautelosa y espectral de las Repúblicas que tienen lazo de solidaridad con la nuestra, admirad este apóstrofe de la misma carta, que pinta de cuerpo entero al gran patriota: «Actualmente se venden en los Estados Unidos acciones sobre los territorios de Centro América que Walker piensa conquistar. Veremos cuáles de dichas acciones se hacen primero efectivas. Los terrenos de Costa Rica se podrán adjudicar cuando haya muerto el último de los naturales».

La decisión del caudillo electrizó y arrastró a su país. Eso valió entonces a nuestra patria el primer papel que en el drama más interesante de la historia de Centro América, le cupo en suerte representar y entonces terminaron también los justos reproches que se nos hacían de separatistas, egoístas y poco fraternales. Mora, vencedor de Walker, regresó cubierto de laureles, pero cometió el error de prolongar su período de mando, por una segunda reelección. Las pasiones políticas prepararon en la sombra una conjuración de cuar-

tel y un círculo aristocrático logró adueñarse del Poder el 14 de agosto de 1859, dictando enseguida contra los *leaders* de la reciente campaña, un decreto de ostracismo.

El ex-Presidente se dirigió a los Estados Unidos y después de corta temporada en aquel prodigioso país, cuyo Gobernante había aprobado la actitud de Costa Rica y fulminado excomunió contra la falange de aventureros que siguieron a Walker, después de ser recibido con honores oficiales en Wáshington, regresó a Centro América y fijó su residencia en San Salvador.

Su actividad no conocía, en la mitad de la vida, desmayo alguno. Fué uno de los que primero iniciaron en el Salvador la siembra del café. Así correspondió a la brillante hospitalidad que le dispensaron la sociedad y el gobernante salvadoreño, General Gerardo Barrios. Sus planes de vida tranquila, el sueño de transportar y acrecentar su fortuna y el temple de su alma, le daban absoluta conformidad. Habíase transformado el político y vuelto Cincinato a su primitiva ocupación: el cultivo de los campos apacibles y fecundos.

Pero en Costa Rica estaban lejos de aceptar el avatar de sus destinos, y los numerosos adeptos al partido del antiguo régimen volvían sus miradas a El Salvador y dirigían excitativas al caudillo. Se llegó hasta emplazarlo fijando como prueba para su honor la fecha del aniversario de nuestra independencia, pues decían más de sesenta personajes de la clase llamada directora, que la conspiración estaba madura y estallaría triunfante aun sin la presencia del Prócer, con sólo la consigna de su nombre.

Oíd ahora con atención los pensamientos que agitaban en opuesta pugna la cabeza del futuro mártir: son un verdadero presentimiento de su próximo fin, están escritos la víspera de su partida del país hospitalario, y a la vez son un trozo íntimo que pinta su voluntad de acero y la ternura de su alma.

«Diez de setiembre, a las once de la noche.—Por fin partiremos mañana. Que Dios guíe mis pasos. El que conoce mis intenciones, que favorezca mi buena fé. Me aseguran que no se derramará ni una gota de sangre. Cañas duerme tranquilo en el cuarto siguiente. ¡Pobre Cañas! Uno de sus niños queda enfermo y por más esfuerzos que hace se le conoce la tristeza con que lo deja! Pero pronto lo veremos. Casi deseo que el Puerto no haya sido tomado, que Arancibia se haya arrepentido, entonces seguiríamos a Panamá y después viviríamos tranquilos en este destierro, por más puyas y empeños que vengan de Costa Rica... Son las doce... ¿Por qué estoy triste? No lo sé. He visto a mis hijitos dormidos y me destroza el corazón la idea de que quedaran desamparados. ¿Qué sería de Inesita, si una desgracia me condujera al sepulcro? Esto no es probable, a menos que la traición... Si tal sucede... si fuere sacrificado... Hijos míos, no procuréis vengar mi muerte, porque la venganza desasosiega antes y desespera después de hecha».

Venía, pues, Mora, obedeciendo a un alto dictado de su patriotismo, y al conjuro de su pueblo, y se muestra profundamente humano al contemplar en perspectiva la posible adversidad, y como quien se alista a un duelo entre caballeros, prohíbe a sus descendientes las pasiones del odio, aun en la más justa de las represalias. Tal fué de magnánimo aquel heróico corazón!

Lo que sucedió después, a pesar de que ha trascurrido más de medio siglo, está grabado en todas las memorias costarricenses. El 15 de Setiembre de 1860 amaneció en el Golfo el barco «Guatemala» y desembarcaron el ex-Presidente y un cuadro de Jefes de su familia y de su intimidad. Ni un solo extranjero. Ninguna tropa. Puntarenas los recibe con delirantes aclamaciones, la población entera apareció embanderada; así cumplió esta ciudad su compromiso. En

cambio el pueblo del interior permaneció pasivo, inerte, y el Gobierno pudo organizar un ejército numeroso que puso a las órdenes del Coronel Máximo Blanco. La lucha fué interesante, porque las fuerzas revolucionarias parapetadas en la Angostura, tenían a su frente al bizarro General Cañas, pero la partida era desigual, y después del asalto ordenado el 28 de setiembre, la trinchera fué tomada y los Moristas desbaratados.

Llega por fin, costarricenses, la hora de prueba para el héroe. Había logrado escapar a la soldadesca y se hallaba refugiado en la casa del señor Farrer, Cónsul Inglés, bajo el amparo de una de las banderas más respetadas de la tierra. Registraban los domicilios pero ese era inviolable y nadie hubiera osado allanarlo. Por dos días toda pesquisa había fracasado. Había un plan de evasión bien combinado que proponía el Capitán Roger. Había un bote en la alta noche y el fugitivo tenía un barco a su disposición que lo aguardaba en el Estero.

Pues bien, no! Mora decidió preguntar por la suerte de sus compañeros a uno de sus más poderosos enemigos, a don Francisco María Iglesias y oíd los términos en que le fué contestada su carta por el Alto Comisario del Gobierno de Montealegre: «Don Juan: con dolor cumpro un deber terrible, acabo de demorar con instancias la ejecución de dos personas. La vida de Ud. salva de la muerte a muchos de los suyos. Si Ud. se presenta o es descubierto, será ejecutado tres horas después, los demás se salvarán y tendrán gracia. Los momentos son terribles. Gómez continúa registrando hasta los pozos: pida Ud. a Dios, nuestro solo protector y padre, que le inspire lo que debe hacer. No tengo poder, ni está en mi mano salvar a Ud. Dios conoce mi corazón en estos instantes y si yo pudiera salvaría a Ud. He olvidado todo y ahora sólo soy el amigo del hombre caído y desgraciado. Mande Ud. lo que a bien tenga; yo

no diré ni he dicho que Ud. se halle en parte alguna». Esta carta cuyo original he tenido en mis propias manos fué encontrada en la levita que portaba en los últimos momentos la ilustre víctima.

Pueblo de Costa Rica y vosotras jóvenes compatriotas, escuchad lo que sigue: Mora era biznieto del Capitán don Camilo de Mora, Teniente Gobernador de nuestro valle de San José, nombrado por el Rey de España y la estirpe de los bravos nunca se desmiente. He dicho que podía salvarse y dejar sano y salvo el país. Mora voluntariamente se entregó para salvar a sus hermanos y a sus amigos.

En la antigüedad los historiadores comentaban en las biografías de los grandes hombres, la hazaña que se atribuye a Régulo. Tomado primero por los cartagineses fue enviado como Embajador a Roma para hablarles de rendición y Régulo los instó como ninguno a oponer más que nunca las corazas a las flechas de la odiada rival, y cumplida en esta forma singular su misión, sólo para honrar la palabra empeñada, regresó a Cartago en busca de la muerte inevitable, apesar de los ruegos y lágrimas de todos sus compatriotas.

Don Juan Rafael Mora, en cambio no tenía palabra ni juramento ofrecido, y a pesar de que sus sentimientos de hombre de familia eran vehementes, no vaciló en ofrecer su vida en holocausto, pues la orden del Gobierno fué cumplida literalmente. El 30 de setiembre, tres horas más tarde de su voluntaria entrega, fué ejecutado en este mismo sitio.

¡Eterna lección de carácter para los costarricenses. Sublime ejemplo de abnegación que vale, a mi juicio, para su gloria, más que las proezas de la Campaña Nacional!

El hermano del Presidente, General don José Joaquín Mora, don Manuel Argüello y algunos otros revolucionarios, se salvaron gracias a la sangre derramada.

No así el infortunado General Cañas. Permitidme Señores que le de-

dique siquiera unas pocas pinceladas para presentar ante vuestros ojos, una de las más egregias y más puras glorias centroamericanas.

Puntarenas tiene deuda con su gran Gobernador. Este era un pueblo pequeño, que sólo tenía su envidiable situación como vigia del Golfo Nicoyano, uno de los más bellos del mundo y el General lo transformó bajo su mano ávida de progreso.

Costa Rica tendrá—mientras exista como Nación independiente y soberana—un deber sagrado para el Jefe que no nació en su suelo, que se inició en la carrera de las armas en la legendaria legión de Morazán y que fue, según confesión de las Memorias de Walker, el único militar entre sus enemigos, que parecía poseer por intuición, la ciencia de la guerra.

Cuando las tropas regresaron a sus hogares, después de firmada la paz, se preparaba para el General espléndida recepción, en que participarían gozosos el pueblo y el Gobierno. Cañas dando ejemplo de suma sencillez esquivó las ovaciones y apareció prematuramente en la capital, vestido con traje civil, en el seno de su modesto hogar.

Todos vosotros conocéis el episodio de la trinchera, cuando dado el asalto y desbandados los revolucionarios, Cañas enciende con su cigarro la mecha y dispara personalmente el último cañonazo. Pero permitidme transcribir unas cuantas frases de galantería caballerescas que pintan su carácter. Refugiado el General en el consulado de Colombia, al subir por primera vez la escalera de la casa, encuentra a la Señora Doña Micaela Icaza de Echeverría, esposa del Cónsul, y haciendo un gesto de profundo acatamiento, así le dijo: «Señora, lo que los enemigos no han logrado arrebatarme, lo rindo a vuestros pies» y depositó su espada.

Finalmente, cuando el pelotón de soldados había recibido de un oficial mercenario las órdenes para su fusilamiento, la tropa temblaba y evita-

ba apuntarle. Don José María Cañas con voz entera y como siempre jovial les dice: «Amigos míos, cuando gusten; obedeced y apuntadme bien». Sólo así, pudieron soldados costarricenses disparar contra ese corazón, plegándose a la última orden del que los condujo a la victoria.

El Gobierno, en las Gacetas de la época insertó algunas exposiciones para justificar su conducta, pero ha perdido la partida en el juicio sereno de la posteridad. Lo que a menudo sucede en otros países, lo que excepcionalmente ocurre en Costa Rica, aquel Gobierno y su círculo confundieron el interés de partido con el supremo interés de la Patria y se quiso, según la propia frase empleada, dar una lección imponente al país para evitar la anarquía futura. Ni Mora, ni Cañas, merecieron la última pena, y su sacrificio, ya lo veis, costarricenses, ha realzado su pedestal de gloria.

Ambos caudillos fueron y son favoritos de la Democracia. Comparieron en la guerra las penalidades del soldado, desafiaron las balas y la peste, impulsaron en la paz la redención del progreso. Edificaron la Universidad, el Teatro, el Palacio, la Fábrica y el Hospital, dotaron a Costa Rica de Obispado, realizando las aspiraciones generales manifestadas desde antes de la independencia, se preocuparon de vías de comunicación en el interior y de las relaciones con el extranjero, dando a su país personalidad, decoro y relieve en el concierto centroamericano, administraron con probidad el Tesoro y aumentaron la riqueza pública, coincidiendo su Gobierno con una época de bonanza financiera; y para que a los ojos de un ateneísta no falte elemento alguno de prestigio, dieron en sus proclamas y notas de la Campaña, el dechado del verbo viril, la nota más alta y vibrante del patriotismo.

Señores, aquí bajo el infinito azul del cielo, frente al inmenso azul del mar, sobre esta arena que el ardien-

te sol de los trópicos calcina, se derramó la sangre de los héroes y aquí se yergue hoy esa columna, ese monumento expiatorio elevado y construido por la gratitud y piedad de todo un pueblo. No son espadas sus atributos, es una antorcha la que nos legaron Mora y Cañas; y aquí vendremos a encender el fuego y a calentar nuestros corazones cada vez que la libertad de los costarricenses se encuentre amenazada, en toda

ocasión que la molicie relaje la moralidad y afloje el carácter de los hombres, o cuando nuestras discordias intestinas nos hagan presa de pasiones ciegas, porque el martirio que esas piedras conmemoran, es una lección eterna del error que cometemos al olvidar que nuestra pequeñez, sólo es grande por la innata y legendaria fraternidad costarricense!

Alejandro Alvarado Quirós

Dos cartas valiosas

San José, a 20 de octubre de 1918.

Señor don Rogelio Sotela,

Presente.

Mi querido poeta, hace apenas unos pocos años, sin duda recordará Ud. el sucedido, conversábamos Ud. y yo acerca de sus versos, en que yo hallaba entonces cierto exotismo peligroso, porque, a mi ver, era un exotismo rebuscado, de imitación. Me preocupaba a mi y me dolía que inspiración tan honda como la de Ud. se malograra en entretenimientos de un preciosismo artificioso, y me permití aconsejarle en aquel entonces que se inspirara en las cosas ambientes, sin emprender viajes imaginarios a tierras exóticas, con lo cual no quiero ciertamente decir que en el asunto se encierre la poesía, aunque, por lo de más, haya asuntos más poéticos que otros.

Lo que le sucedía a Ud. entonces, amable poeta, era que aun no había dado Ud. con su camino, con su camino propio, suavemente iluminado por la estrella de su inspiración. Pero sus vacilaciones no duraron mucho tiempo, porque de allí a poco, pude observar, con sincera satisfacción, ello es claro, que lo que cantaba Ud. no era ya, de allá o de aquí, sino lo que se había asimilado mediante una interna transfusión de elementos espirituales. El caso estaba victoriosamente resuelto.

Se nota hoy al primer golpe que todo lo que sale de su pluma ha pasado antes por las selvas de su espíritu, de donde trae esa frescura de primavera, esa caricia de aura; esa suavidad de pétalo, esa tibieza de nido... que se sienten en el dulce estremecimiento de su estrofa. Ud. posee un delicado temperamento artístico, elabora sus ideas e impresiones en ese crisol, caldeado por el fuego celeste de las musas, y, como lo pide Emerson, pone todo su corazón en la obra que realiza. Por eso es Ud. un poeta en quien la personalidad aparece dibujada con lineamientos propios.

Esa impresión se ha robustecido en mi ánimo con la lectura de las poesías que

Ud. ha reunido hace poco en volumen cuyo título,—*La Senda de Damasco*,—se acomoda exactamente a la idea anotada al principio de estas líneas: él testimonio que Ud. ha encontrado su derrotero; pero en el nudo de sus orientaciones literarias, él tiene también el valor sugestivo de un índice que nos invita a seguir los rumbos de su misterioso ademán, floreciente de dulces y consoladores hallazgos.

También en esto la sugestión del título resulta justificada, porque en las excursiones que hacemos por *La Senda de Damasco*, por el libro de Ud. generosamente abierta a nuestra pensativa curiosidad, nos salen al encuentro teorías de nobles ideas, como hermanas misericordiosas que acuden a mitigar nuestra sed de caminantes con el agua lustral del ensueño y de la esperanza. Porque su joven y graciosa musa está siempre al servicio de lo bueno y de lo elevado.

Vea Ud., pues, en esta carta, mi querido poeta, la expresión del placer que he experimentado ante el triunfo indiscutible que para Ud. representa la publicación de su volumen de versos, cuyo nombre es un símbolo.

Lo saluda muy cordialmente su servidor y amigo,

Justo A. facio

Cartago, octubre 20 de 1918.

Señor don Rogelio Sotela.

San José.

Leí con todo detenimiento y gran placer su último volumen de versos; y al concluir la lectura mi deseo es el de que las palmas que el público le ha tributado se renueven y mantengan siempre verdes. En esta aridez prosaica en que vivimos, es bueno que siquiera haya pequeñas hoyadas en donde crezcan rosas y violetas. No deje que la sequedad ambiente agoste las suyas.

Su atento seguro servidor,

Ricardo Jiménez

Páginas de Antaño

El General don José María Cañas

*Conferencia leída por don Gregorio Martín en el Ateneo de Costa Rica
el día 11 de agosto de 1908*

Señores:

Hace algún tiempo, llevado por mis aficiones históricas y atraído especialmente por la época que considero más importante en los anales patrios, hice este estudio. El no es completo. Está formado solamente por los grandes rasgos de una personalidad y yo espero más adelante, si no es que manos más expertas que las mías se encargan de la tarea, darle todo el desarrollo que merece. Pero me atrevo a presentarlo hoy tal como está, porque aún así considero el tema interesantísimo, por complacer al Sr.

nunca deben apartarse de los ojos de la posteridad, y siempre será loable rendir culto a los hombres que con sus hechos nos evitaron la ignominia de una dominación extranjera, que traía por ideal cruzar nuestras espaldas con el látigo de los esclavos.

Llamado William Walker como auxiliar de uno de los dos partidos que en Nicaragua se disputaban el poder, pronto se adueñó de aquel país con la idea de conquistar después todo Centro América para formar con estas cinco repúblicas otros tantos estados esclavistas de la Federación



General don José María Cañas

Presidente del Ateneo que se ha empeñado en que lo lea y porque me parece que en todo caso tiene que ser grato a oídos centroamericanos, oír referir la vida de uno de los héroes más notables de la honrosa campaña que a mediados del siglo pasado llenó de gloria a Costa Rica.

La valentía y decisión de nuestros jefes, los esfuerzos de nuestra incipiente diplomacia, el entusiasmo de nuestro improvisado ejército, la buena voluntad de nuestros sencillos ciudadanos, mostrados en aquellos tiempos, son además ejemplos que

Americana, que pudieran ayudar a contrarrestar el empuje del generoso movimiento de libertad que se acentuaba en el Norte.

El audaz aventurero al principio se mostró hipócrita. Quiso aparecer únicamente como elemento de orden y de progreso para Nicaragua. Pero sus actos tiránicos en aquel Estado, su afán de mando, los continuos refuerzos que recibía del exterior y los trabajos que se efectuaban en los Estados Unidos para ayudar a su empresa pronto le quitaron la careta.

El Gobierno de Costa Rica, comprendiendo lo inminente del peligro, sin esperar los auxilios que había solicitado del resto de Centro América, despreciando los ofrecimientos de paz y amistad que le hacía Walker, hasta el punto de no dejar desembarcar a su comisionado en Puntarenas; sin saber a ciencia cierta si la poderosa Confederación del Norte apoyaría la obra de los invasores, lanzó a nuestras legiones de campesinos y artesanos, completamente ignorantes de la guerra, a la lucha contra aquellos terribles tiradores, ventajosamente armados, prácticos en toda clase de aventuras, y que por muchos en Centro América eran tenidos por invencibles.

Vosotros sabéis lo que dieron de sí nuestros bisoños soldados, cómo se condujeron los hijos de nuestras principales familias y la abnegación, disciplina y valor de que dió muestras nuestro pueblo, del cual es símbolo y encarnación el inmortal incendiario de Rivas.

«Existe sin embargo—dice Zambrana en su bellissimo discurso pronunciado en el recinto del Congreso Nacional el 1.º de mayo de 1895— cierta tendencia a disminuir el valor de estas hazañas, para loar las cuales no encuentro yo excesivo el ditirambo; a mismo tiempo que algunos entusiasmos cancheros, que preceden de la inexperiencia, dan a la guerra contra el filibustero una importancia militar que no pudo tener, hay aquí, y en todo Centro América, en la gente enterada y culta que ha viajado, que ha leído, que sabe lo que es un ejército y lo que es una batalla, desdeñan de reacción que no encuentro yo menos injustificado. El suceso no suele verse sino en el sentido del aumento o en el sentido de la disminución de un ateojo de teatro. Ya dejo fuera de duda que no abrigo el menor intento de confundir la campaña de la independencia centroamericana con las campañas de Alejandro el Macedonio, y mucho menos con los grandes conflictos modernos en que se colocan frente a frente algunos miles de cañones, y harto conozco que lo que suele llamar la atención del mundo y ser materia de comentarios y de meditaciones es lo que hace mucho ruido o resplandece mucho, o compromete muchos intereses, o excita muchas ambiciones. Estimo, sin embargo, que el valor moral de los hechos humanos no depende de esas circunstancias, con frecuencia externas, y estoy en la convicción fácil de comunicar a los que me oigan, de que los sucesos que conmemoramos, como se estudien bien, no sólo ponen de relieve altas y aun sublimes virtudes, sino que tuvieron consecuencias tales y tan estrechamente con ellos enlazadas, que no vacilo en colocarlos, en ambos conceptos, entre los más grandes y trascendentes que han dado aliento a los clarines de la fama».

Tengo las mismas ideas que el ilustre orador respecto de nuestra guerra nacional

y he querido repetir su hermoso párrafo para robustecerlas con su autoridad. La prueba de que el hecho no fué vulgar y de que no era pequeña su trascendencia, es que preocupó a grandes estadistas de América y de Europa; que la prensa de ambos continentes llenó muchas columnas a propósito de él y que por su causa se agitó el cuerpo diplomático de Washington, que ya era entonces uno de los más importantes del mundo.

Sé que en el generoso corazón de este público pensador no se alberga el escepticismo «que por muchos se exhibe como cosa de buen tono, pero que tiende a empujarse todo lo grande y a matar todo ideal» así estoy seguro de que oírás con gusto y con respeto la biografía, hecha de prisa, muy a mi pesar, de don José María Cañas, el jefe centroamericano que más trabajó en la guerra, como dice Montúfar, y que como el gran Carnot en Francia, fué para nuestra patria el organizador de la victoria.

Hijo de una distinguida familia nació Cañas en Suchitoto, República de El Salvador, el año de 1809. Muy joven comenzó a militar en las columnas del General Morazán, luchando siempre por las grandes ideas unionistas. Después de la caída del héroe centroamericano embarcóse con él en la goleta *Izalco*, y al paso de ésta por Puntarenas se quedó en Costa Rica. (1)

En efecto, había llegado a ser Coronel de los ejércitos de Morazán. Cuando el General hondureño arribó por primera vez a nuestras playas en 1840, no se le permitió desembarcar, concediéndose, sin embargo, esa licencia a casi todos sus oficiales, varios de los cuales la aceptaron, entre ellos Cañas.

Carrillo, que estaba resuelto en aquellos momentos a facilitar las comunicaciones del país por el Atlántico y trataba de organizar y habilitar el puerto de Moin, lo mandó allí.

Cuentan personas verídicas y bien enteradas (2) que cumplió satisfactoriamente su encargo y que rechazó a los Mozcos que llegaron con pretensiones de que se les pagara tributo.

Cuando su antiguo jefe volvió a nuestro suelo a ejercer el mando del Estado, probablemente estaba él lejos de San José, porque su nombre no figura en ninguno de los acontecimientos notables que con tanta rapidez se desarrollaron entonces, y que tuvieron por desenlace la muerte del caudillo de la Federación. Ni los documentos oficiales, ni los recuerdos de la familia, ni los contemporáneos dan luz sobre este período de su vida. Pero casi todos los hombres de importancia a quienes he consultado están de acuerdo con mi parecer, pues de

(1) Soto Hall—Biografía publicada en su libro *Un vistazo sobre Costa Rica en el Siglo XIX*.

(2) Don Manuel Carazo Peralto y don Francisco María Iglesias.

lo contrario creen que hubiera tomado parte en los hechos del año 1842.

Contrajo matrimonio con doña Guadalupe Mora, hermana del futuro Presidente de la República don Juan Rafael Mora y sobrina del primer jefe que tuvo el Estado, don Juan Mora Fernández.

En junio de 1849, fué nombrado Ministro de Hacienda y de Guerra. *El Costarricense*, semanario oficial del 9 del expresado mes, dice refiriéndose a su nombramiento: «Hoy más que nunca se necesitan al lado del Gobierno hombres que reunan al poder del patriotismo la actividad de la ejecución y firmeza en el cumplimiento de las leyes». Muy breve fué su permanencia en el Ministerio. A los pocos días de haberse separado de él con licencia, renunció el doctor Castro y se hizo cargo del poder ejecutivo el Vicepresidente don Juan Rafael Mora. Hubo elecciones y Mora fué electo Presidente de la República. Cañas continuó en el Ministerio, pero no ejerció sus funciones que quedaron encargadas a don Joaquín Bernardo Calvo, hasta que por motivo de ciertos conatos de revolución pasó Cañas a desempeñar la Comandancia de Plaza de San José, siendo reemplazado en su puesto por don Manuel José Carazo.

El mismo año se trasladó Cañas a Puntarenas donde tenía negocios de comercio, y fué nombrado Gobernador de la comarca. Progresista y activo contribuyó mucho al adelanto del puerto del Sur, declarado «franco» por don José M^a. Alfaro desde el 5 de marzo de 1847, y que era entonces el principal de la República.

Durante su Gobernación se creó el Hospital de San Rafael, se colocó un faro en el puerto, se reglamentaron los correos con la capital, se echó el primer puente sobre la Barranca, se trabajó en los caminos y se dieron disposiciones para alejar de la comarca cuanto fuere perjudicial a la salud de los habitantes.

Cañas se captó el cariño general con su carácter afable y caballeroso. En un documento suscrito por los principales vecinos de la comarca se manifiesta que «desempeñó su destino honrada y patrióticamente, por lo que sus gobernados a la vez que un respeto profundo le dispensaron un cariño sincero y su ilimitada confianza».

Cuando el Gobierno de Costa Rica comenzó a preocuparse seriamente por los asuntos de Nicaragua, mandó al General José María Cañas al Guanacaste en calidad de primer jefe militar del departamento. Celoso en el cumplimiento de su deber, tenía siempre a su Gobierno bien informado de todos los sucesos que se verificaban en el vecino Estado, y al mismo tiempo organizaba cuerpos de tropas liberianas.

El Presidente de la República don Juan Rafael Mora convocó extraordinariamente al Congreso y este cuerpo constitucional, por decreto de 27 de febrero de 1856, auto-

rizó omnimodamente al Poder Ejecutivo para que por sí, o en unión de las fuerzas aliadas de los demás gobiernos de Centro América, llevara sus armas a la República de Nicaragua, defendiera a sus habitantes de la ominosa opresión de los filibusteros, y arrojara a éstos de toda la América Central, y para que, en consecuencia, dictara todas las providencias que estuvieran a su alcance, con el objeto indicado.

Hermosa fué en aquella ocasión la conducta de nuestra patria. Todas las dificultades se allanaron, todo el mundo corrió a empuñar las armas. Se necesitaban tres mil hombres para comenzar las operaciones y diez mil se presentaron a solicitar los primeros puestos. Alegres, confiados, resueltos, marcharon aquellos improvisados combatientes a esforzarse en su generosa aventura, y la gloria salió a su encuentro y como para alentarlos en su camino, ciñó la frente de sus avanzadas con el laurel inmarcesible de Santa Rosa.

«Don Juan Rafael Mora, acompañado del Estado Mayor, del Subsecretario de la Guerra don Rafael G. Escalante y de numeroso séquito de personas, llegó a Puntarenas el 12 de marzo en camino para la ciudad de Liberia, donde pocos días después se reunió con el grueso del ejército de operaciones y con las tropas que había organizado el General don José M^a. Cañas, Comandante de la provincia de Guanacaste».

De allí se encaminaron a la frontera y ocuparon la ciudad nicaragüense de Rivas, lugar donde obtuvo el ejército la segunda victoria de importancia.

Los límites estrechos de este trabajo no me permiten ocuparme de los detalles de la sangrienta batalla del 11 de abril. Todos saben cómo Walker sorprendió a los costarricenses y logró llegar hasta el corazón de la ciudad, muy cerca de donde estaba Mora y su Estado Mayor, quienes fueron salvados de caer en manos del enemigo, gracias a la serenidad y al arrojo de algunos de nuestros oficiales. La sorpresa fué terrible. Me refirió alguna vez don Demetrio Iglesias Llorente, que entonces formaba parte del Estado Mayor en calidad de Secretario del General don José Joaquín Mora, y que desempeñó papel importante en la batalla, que en los primeros momentos hubo gran confusión. El Estado Mayor quedó aislado, sin poder dar órdenes y sin recibir comunicaciones. La posición de Walker era al principio muy ventajosa, pero las tropas lo atacaron con tal vigor, que poco a poco fué echado de los puntos que ocupaba y así perdió su superioridad. La lucha nos costó caro. Cañas se portó con heroísmo. Ni un momento le faltó la serenidad, y su valor y sus disposiciones contribuyeron en gran parte a que resultáramos vencedores. Don José María era, sin duda, un gran capitán.

Lo que me refirió el testigo de la acción

de Rivas, está confirmado en el parte de don Juan Rafael Mora, que dice que Cañas fué de los que más se distinguieron, y el informe de Bariller, el *Zuavo*, contiene lo siguiente: «El General Cañas, eficazmente secundado por otros jefes, atacó el flanco izquierdo con aquella resolución que afianza la victoria. Hubo de ese lado sangrientos combates y luchas cuerpo a cuerpo, no muy comunes en la historia de las guerras».

Walker se retiró en la madrugada del 12 con grandes pérdidas y rumbo a Granada.

Hay en la batalla de Rivas un episodio tan hermoso y fuera de lo vulgar, que algunos, no pudiéndolo comprender, lo han elevado a la altura de una fantasía.

Es fragmento de historia que ningún costarricense ignora; sin embargo, yo no puedo dejar de repetirlo.

Las fuerzas de Walker ocupan una casa y seguras en ella diezman nuestras filas con sus tiros certeros. Es necesario tomarles aquella fortaleza, pero ¿cómo? De pronto exclama nuestro General: «Muchachos, ¿no habrá entre tantos valientes alguno que quiera arriesgar la vida incendiando el Mesón para salvar a sus compatriotas?». Es decir, la muerte por salvar a la patria. Un soldado contesta: «Yo voy; les encargo que no se olviden de mi madre». En seguida avanza y aplica una tea con la mano derecha en el alero del Mesón.

Lo hieren en el brazo derecho y toma la tea con la mano izquierda, hasta que cae acribillado a balazos. Las llamas se apoderan de la casa y el enemigo es desalojado de ella.

El General era Cañas; el soldado Juan Santamaría.

Ya el soldado tiene su bronce; los poetas, los pensadores y los hombres de Estado, en el pedestal de su estatua, le ofrendaron la música de sus liras, el homenaje de sus ideas, los honores del poder. Yo creo que el General debiera tener en el Parque Nacional, cerca del monumento de la campaña, por lo menos un busto que lo recuerde.

Rivas fué puesto en estado de defensa y los costarricenses se hicieron fuertes allí; pero al poco tiempo apareció entre ellos la terrible epidemia del cólera. Mora resolvió que el ejército volviera a Costa Rica, regresando él y su hermano don José Joaquín entre los primeros.

El 26 de abril de 1856 Cañas fué nombrado General en Jefe y se quedó organizando la retirada de las fuerzas y atendiendo con la mayor solicitud, junto con el doctor Hoffmann a los enfermos y heridos que eran llevados a San Juan del Sur para ser traídos por mar hasta Puntarenas. Concluida su misión regresó a la capital del Guanacaste.

En el *Boletín Oficial* de 24 de mayo de 1856 se lee lo que sigue: «En ningún punto se ha desarrollado la mortífera epidemia como en Liberia: en poquísimos días ha

segado centenares de vidas. En un breve espacio ha amontonado víctimas sin cuento del ejército y de los habitantes. En medio de aquel cuadro de agonía y muerte ha permanecido el General Cañas, acompañado de sus edecanos y del estimable Gobernador don Antonio Carrillo, socorriendo a todos los desgraciados, exponiendo cien y cien veces sus existencias por salvar las de tantos infelices».

Una vez que hubo pasado la impresión de la enfermedad y que ésta disminuyó un poco, tropas de Costa Rica fueron mandadas por el Guanacaste a la frontera de Nicaragua, con don José María Cañas a la cabeza como General en Jefe. El dos de noviembre salieron de Liberia, y siendo su objeto principal hacerse dueños de la línea del Tránsito entre el lago y el Pacífico, para evitar que nuevos refuerzos llegaran a Walker y estrechar a éste en los lugares que ocupaba, se apoderaron el 7 de San Juan del Sur. Cañas dejó en el puerto 75 hombres y salió con 325 a juntarse con el coronel Ramírez que llevaba 300 conque habían dispuesto los aliados reforzar a los costarricenses. Tomó posiciones en una colina llamada Rancho Grande, situada sobre la ruta del Tránsito, a una milla del «Hotel de Medio Camino» y allí se le incorporó Ramírez con su gente.

Walker a quien molestaba grandemente la presencia de Cañas en aquellos lugares, mandó a Hornsby con 325 hombres y un obús a atacarlo; pero después de dos horas de combate, el enemigo fué derrotado. Walker insistió en el movimiento y atacó de nuevo a los costarricenses. He aquí lo que a ese respecto refiere el *Boletín Oficial* del 19 de noviembre de 1856: «El 11 de noviembre a las 12 de la noche recibió un parte fiel el General Cañas anunciándole que acababan de desembarcar en el puerto de la Virgen, venidos de Granada, 400 filibusteros, que unidos a los 200 que le habían asaltado el día anterior, debían atacarle inmediatamente. Así fué. Al amanecer el 12, unos seiscientos filibusteros acometieron nuestras avanzadas en el «Hotel de Medio Camino», batiéndose éstas en retirada hasta unirse al grueso de la división, que bajo las órdenes del General Cañas peleó con denuedo en la cabecera de Puente Grande. Después de un recio combate, el enemigo se retiró escarmentado, habiendo sufrido triples pérdidas que nosotros. Reducidas nuestras fuerzas por la desaparición instantánea de más de cien nicaragüenses, 75 hombres que teníamos en San Juan para impedir un desembarque, y 50 que bajo el mando de don Benito Santos cubrían el camino llamado de la Chorrera, para contrarrestar un ataque por la retaguardia, se replegaron a San Juan del Sur desde donde escribe el General Cañas a las doce del día 12 de noviembre: «Limitado a 300 hombres por la desaparición de la mayor parte de

Los leoneses que se habían incorporado, falto de víveres, deseando colocarse ventajosamente y ponerse en comunicación inmediata con los aliados, hizo desfilar en buen orden su parque, heridos y tiendas por el áspero camino llamado de la Calera hacia Rivas, donde deberá fortificarse o emprender nuevas operaciones sobre la vía de San Juan a la Virgen, con su escasa pero indómita división costarricense».

El mismo Walker, tan desdoso y parco de elogios para los centroamericanos, da cuenta de este movimiento en los siguientes términos: «Cañas condujo su retirada muy bien hasta San Juan del Sur, aprovechando varios puntos del camino para detener el avance de los americanos». (3)

El General Cañas llegó a Rivas el 13 y el 14 emprendió marcha para Masaya a donde estaban reunidos los aliados. El mismo día llegó al Obraje y allí encontró a los exploradores de las tropas del general Jerez que marchaban a Rivas para unirse con las fuerzas costarricenses. Cañas y Jerez se reunieron el 15 y marcharon a ocupar la cabecera del Departamento Meridional de Nicaragua con el fin de abrir nuevas operaciones sobre el camino del Tránsito.

Hemos visto a Cañas con unos pocos costarricenses sosteniendo solo, por algún tiempo, nuestro pabellón. Así lo hace constar el *Boletín Oficial* de 19 de noviembre, estimulando a nuestros compatriotas con su ejemplo: «El valiente General Cañas con su actividad, su abnegación sin igual, con su valor y patriotismo sin límites, se halla con un puñado de valientes dando un ejemplo honrosísimo, arrojando cien y cien fatigas y peligros. ¿Pueden su situación, su denuedo y su ejemplo ser indiferentes para nosotros?»

En diciembre salieron de San José las tropas que debían dar a Walker el golpe que decidió la suerte de la campaña. Tomados los vapores del río y dueños los costarricenses de esa vía por una serie de actos que rayan en lo inverosímil, atajados los importantes refuerzos que para los filibusteros llegaron a San Juan del Norte por aquellos marinos improvisados, cuyas naves fueron balsas y que tenían que luchar sin descanso contra la inclemencia del tiempo, las pésimas comunicaciones y la falta de elementos, quedó Walker aislado, reducido, casi vencido, se puede asegurar.

Para cortarle por completo las comunicaciones era indispensable ocupar el camino del Lago al Pacífico y darle una batida que concluyera con sus fuerzas. Como dije, Cañas estaba en Rivas sobre esa ruta con el general Jerez.

Las tropas aliadas, compuestas de gentes de las otras cuatro repúblicas de Centro América, pues los guatemaltecos, hondureños y salvadoreños llegaron a Nicaragua

después de la retirada de los costarricenses de Rivas en 1856, estaban acampados entonces en Masaya, reinando por desgracia, en aquel momento, el mayor desacuerdo entre los jefes y por consiguiente gran desorden en las operaciones militares. Llegó la cosa a tal extremo que el jefe de ellos, Belloso, general salvadoreño, dió órdenes desatinadas, perdida la calma por las ofensas de sus compañeros, como la de que Cañas volviera a Costa Rica y Jerez abandonase a Rivas. Cañas no quiso obedecer, apoyado por nuestro Gobierno, y en vez de regresar a Costa Rica, dice Montúfar, decidió trasladarse con sus tropas al campamento de los aliados. «Tenía carácter conciliador y se propuso examinar por sí mismo lo que pasaba y ver si le era posible remediar en parte la situación».

El *Boletín Oficial* de 4 de febrero hace público el resultado de sus gestiones en ese sentido: «El campo de los aliados centroamericanos ha estado a punto de presentar la imagen de otro Campo de Agrazante; el espíritu de partido, lastimosas preferencias, desacuerdos repetidos y por último, la división fatal disolvió los ejércitos, ya diezmados por las enfermedades y la guerra. Al llegar el General Cañas trabajó en cuanto pudo por restablecer la salvadora unidad de los jefes y las tropas y no fué poco lo que consiguió en el irritable y al parecer irreconciliable estado en que algunos se hallaban».

En El Salvador, estimando los servicios de Costa Rica, las cámaras dieron un decreto, el 16 de febrero de 1857, declarando benemérito de la patria a don Juan Rafael Mora y nombrando a don José Joaquín Mora y a don José María Cañas generales de división de aquella República.

Los aliados lograron ponerse de acuerdo y siendo decisiva la influencia de Costa Rica después de la toma de los vapores del río, dice Walker, no hubo dificultad en que Cañas fuese colocado al mando del ejército acantonado en Masaya (4). Allí recibieran órdenes de ocupar la población de San Jorge por estar en las márgenes del Lago y por lo mismo en contacto con una gran parte de Nicaragua y en fácil comunicación con los vapores que tenían los costarricenses. Se organizó el mando y Cañas quedó como inspector general y general en jefe de la División Aliada del Salvador, Nicaragua y Costa Rica.

Al llegar el ejército al pueblo del Obraje los filibusteros lo atacaron dirigiendo todas sus cargas sobre los puntos que ocupaba la división de Cañas, quien los rechazó completamente después de dos horas de combate. El 28 llegaron los aliados a San Jorge y el 29 los atacó el enemigo con el grueso de sus fuerzas, habiendo sido repelido nuevamente.

(3) «La Guerra de Nicaragua» escrita por el General William Walker.

(4) «La Guerra de Nicaragua escrita por el General Walker».

Los aliados continuaban en San Jorge y el general Mora se empeñaba en que fueran ocupados la Virgen y el puerto de San Juan del Sur para evitar que Walker recibiera refuerzos de California como sucedía por cada vapor; y aunque una fuerza de 300 hombres, al mando del general Jerez se posesionó de La Virgen, luego el jefe Xatruch la hizo regresar a San Jorge.

Walker, en la madrugada del 4 de febrero, sorprendió a los aliados, siendo terrible la situación en los primeros momentos; pero recobrado el ejército, se defendió con denuedo y luego una parte de la columna del general Cañas, a las órdenes de Jerez, atacó con bravura, rechazando al enemigo, al propio tiempo que éste era acometido vigorosamente por la retaguardia por una fuerza de 25 liberianos y 25 nicaragüenses al mando del general Agustín Hernández, la cual ocupaba una posición estratégica, ignorada de los filibusteros. La derrota de éstos fué completa y poco después de las 8 de la mañana emprendieron su regreso a Rivas.

El 8, Walker, al canjear un prisionero con el general Cañas, le propuso una entrevista que calificó de muy conveniente en su carta; pero que el jefe costarricense no admitió (5).

Se resolvió poner sitio a Rivas. Cuando se estaban haciendo los preparativos para ello, atacó Walker de nuevo a los aliados, pero según el parte de Cañas tuvo que volverse a Rivas sufriendo grandes pérdidas. Nuestras tropas lo siguieron hasta aquella ciudad que quedó sitiada.

Don José Joaquín Mora fué nombrado general en jefe de los aliados por acuerdo de los gobiernos de Centro América y el 18 de marzo llegó al campamento de los sitiadores que estaba situado en la hacienda de las «Cuatro Esquinas» y nombró a Cañas su segundo.

Varios hechos se verificaron después, entre otros el asalto del 11 de abril, aniversario de la primera batalla de Rivas, ordenado por Mora contra la opinión de varios jefes entre los cuales estaba Cañas, y previsto por Walker. Nuestras tropas no pudieron tomar la ciudad y de ambas partes hubo considerables bajas, siendo mucho mayores la de los aliados.

El 15 el Mayor Juan Estrada ocupó a San Juan del Sur con 450 costarricenses y en Rivas se siguió hostilizando constantemente al enemigo.

La situación de Walker era desesperada. Se encontraba sitiado, sin esperanzas de refuerzos, disminuida su gente por las balas y las deserciones. Así las cosas, el comandante Davys del buque de guerra *St Mary* de los Estados Unidos le propuso que se rindiera, haciéndole ver su desventajosa situación. Exigió condiciones hon-

rosas el jefe de los filibusteros para capitular, que fueron aceptadas por los aliados, fatigados de la lucha y ansiosos de la paz que tanto necesitaban estos países por mucho tiempo en agitación. El primero de mayo de 1857 capituló William Walker y ese día salió de la plaza con 16 oficiales con sus espadas, pistolas, caballo y su equipaje personal. Las condiciones no podían ser mejores, lo cual no obstó para que tres años después cayera para siempre atravesado por balas centroamericanas. El Destino lo único que hacía era aplazar la triste caída del aventurero esclavista.

Se ha criticado a los centroamericanos por esta campaña; pero juzgado imparcialmente los hechos, no es a los costarricenses a quienes les toca la mayor parte, ni mucho menos, de las faltas cometidas. «Bien mandados, fueron siempre los enemigos más formidables de los filibusteros», dice James Jeffrey Roche en su *Story of the Filibusters*, publicada en Londres; y esa es la opinión de todos los historiadores, aun del mismo Walker, quien a pesar de su interés en rebajar los méritos de nuestros antepasados, no puede menos que reconocerlos en varios pasajes de sus memorias. La falta de experiencia tal vez los condujo a errores que para un espíritu sereno y observador quedaron compensados, de sobra, con virtudes y rasgos que se apartaron a mucha distancia de lo frecuente y de lo vulgar.

Cañas nunca incurrió en desaciertos tan inexplicables como el jefe de los invasores y será muy difícil encontrar un reproche que hacer a su conducta militar. Excelente organizador preparó al principio las avanzadas del ejército y la marcha de su grueso por el Guanacaste y dispuso y protegió sus retiradas del 1856 y 1857. Su talento estratégico fué probado en más de una ocasión en la segunda campaña, cuando tan sólo con un grupo de soldados burló a Walker y a Henningsen, el veterano aguerrido de Kossuth y de don Carlos de Borbón y Zumalacarréguí, después oficial notable en la guerra de Secesión de los Estados Unidos, cuyos jefes, a pesar de haber tenido en varias ocasiones más elementos y más hombres que él, cosa que por muchos es ignorada o no tomada en cuenta, jamás pudieron vencerlo.

En los combates siempre se portó como valiente y fuera de ellos prestó importantes servicios, como el que ya señalé de haber puesto de acuerdo a los aliados en los momentos en que eso parecía imposible.

Las tropas después de la rendición de Walker regresaron a sus hogares; pero Cañas permaneció en Nicaragua arreglando los últimos detalles, hasta setiembre, en que regresó a Costa Rica. El 12 llegó a San José, adonde, lo mismo que en Puntarenas, se le hizo entusiasta recibimiento.

No le envanecieron los triunfos ni lo

(5) La Campaña Nacional contra los Filibusteros. J. B. Calvo.

mareó la gloria, y continuó siendo el mismo hombre modesto de siempre.

Montúfar dice de él: «Cañas fué el jefe centroamericano que más trabajó en toda la guerra. Se le ve en incansables fatigas desde que el movimiento se inició en Costa Rica, en aquellos días en que las demás secciones de Centro América aun no habían tomado parte en la campaña, hasta su entrada triunfal en Puntarenas, después de la victoria del primero de mayo. A su valor militar reunía un carácter afable y suave, que lo hizo querer por la tropa y estimar en alto grado por los jefes del ejército aliado. Aun los más implacables opositores del Presidente Mora le tributan elogios. Aquel jefe brilló en todo el movimiento militar, adquiriendo, no sólo honor, sino gloria que ningún acontecimiento ha podido eclipsar».

Cañas fué nombrado Ministro de Hacienda y de Guerra, puesto que desempeñó hasta 1859, y como plenipotenciario de Costa Rica fijó los límites entre esta República y la de Nicaragua. Caído don Juan Rafael Mora, en 1859, en virtud de un golpe de cuartel, fué desterrado junto con Cañas y ambos se embarcaron para El Salvador adonde fué nombrado el último comandante general del Ejército.

Los amigos de Mora en Costa Rica y con especialidad su compañero y pariente don Manuel Argüello Mora, lo indujeron a volver a su patria para recobrar por medio de las armas el poder de que había sido despojado. Cañas se opuso a esa empresa y no fué sino a última hora, comprometido por ruegos constantes, que se decidió a participar en ella.

Puntarenas fué tomado y las tropas que envió el Gobierno para batir a los invasores tuvieron que luchar en la trinchera de Angostura con Cañas, que como lo tenía por costumbre peleó con bizarria.

La fortuna fué adversa a Mora y a los suyos y el general Cañas, después de disparar el último cañonazo prendiendo la mecha con su propio cigarro, se retiró al puerto.

Don Juan Rafael fué capturado y pasado por las armas. Y cuando todo el mundo creía que las pasiones, los odios, los intereses de un círculo estaban satisfechos con la sangre de aquella distinguida víctima, se dispuso que el valiente, caballero, simpático general Cañas siguiera la suerte de su jefe.

Al principio nadie creyó que eso sucediera: además de ser universalmente querido, se sabía que había vuelto a Costa Rica obligado a ello, se tenía conciencia de que con Mora había muerto para él la idea de la revolución; pero pudieron más el mie-

do y el odio de unos pocos y fué condenado a muerte, produciendo ese acto inmensa consternación en el país y en el extranjero.

Cañas, que era hecho de la madera de los héroes, en sus últimos momentos se mostró sereno, grande, jovial.

He aquí sus dos últimas cartas:

Puntarenas, Oct. 2 de 1860

Sr. don Eduardo Bêche

Amigo:

Me van de este Mundo y dejo a mi familia pobre y numerosa. Si la suerte no le fuera adversa a Ud., estoy seguro se acordará de mis hijos.

Si me hubieran juzgado, no me fusilan; porque las leyes son más cuerdas que los hombres. Mas no me quejo, porque el tal Mundo de que me van, no es tan buena cosa.

Sin el recuerdo de mi familia, sería este trance como tomar un trago a la salud de mis amigos.

Que su Dorila jamás tenga la pena que va a tener mi Lupita.

Adiós!

Puntarenas, Oct. 2 de 1860

Mi Lupita:

Voy a ser fusilado dentro de dos horas: A nadie culpes en tu dolor por semejante suceso; y esto hazlo en memoria mía.

Reduce los gastos en tu familia cuanto puedas, para que puedas soportar tu pobreza.

Probablemente no podrás conseguir nada de tus bienes, pero Dios a ninguno desampara.

Propone a don Santiago Gonzáles que te de dos o tres mil pesos, y que quede por su cuenta toda la empresa del camino. Yo no le escribo sobre esto por falta de tiempo.

Aquí poseo únicamente mi reloj y unos pocos reales que serán entregados a Manuel, quien entiendo irá a esa para consolarte. Mis hermanos cuidarán de tí. Estoy muy seguro.

Esas cartas dan una muestra de su corazón, tierno con los suyos y fuerte ante las debilidades humanas.

Así concluyó el General de Costa Rica que más contribuyó a las glorias de la Campaña Nacional. Mi patriotismo se siente satisfecho de haber consagrado a su memoria este recuerdo modesto.

INICIATIVAS

Un Monumento a Aquileo

Señor don

San José, Costa Rica, 29 de Noviembre de 1918.

Rogelio Sotela

Director de ATHENEA

Muy estimado amigo:

Vengo a proponerle un monumento ahora que son de cosecha; sencillo, barato; que aunque parezca funebre por el sitio en que ha de erigirse, será un monumento a la alegría, al buen humor, a la chispa y al Arte. Bien se adivina que me refiero a Aquileo.

Nada de reproches. pues son amargos. Dejemos las lágrimas al cocodrilo, limpiemos de sollozos la empresa, y dispongámonos a señalar con una lápida y a honrar con un epitafio esa memoria querida. Que sea blanca la una, sin ribetes de dolor, y el otro placentero, a fin de que ambos correspondan a aquel animado espíritu, al decididor sempiterno, al jocosos cantor de nuestra poesía criolla.

Tres cosas hacen falta, que es como decir que falta todo: el monumento, el epitafio, y dinero para que no resulte de limosna. ¿Qué le parece este plan para conseguirlas?

1o.—ATHENEA abre concurso durante un mes, a fin de recoger diseños o ideas para el monumento;

2o.—La inspiración es libre, pero a condición esencial de que el costo de la obra no pueda exceder de ₡ 1.000;

3o.—Un jurado escogerá tres o más diseños o ideas de los que más cuadren al propósito, y se publicarán por los diarios;

4o.—La elección corresponde al público por medio de votos de papeleta; cada papeleta vale diez céntimos.

5o.—Determinada la forma, ATHENEA abrirá un segundo concurso para el epitafio, sometido igualmente a la predilección popular a razón de diez céntimos la papeleta;

6o.—Ultimamente el jurado mismo u otro, si se quiere, escogerá lápida y epitafio definitivos entre los dos o tres que alcancen mayor popularidad.

Me guña Ud. el ojo preguntando por el saldo en descubierto. Ya provereemos si, contra mi esperanza, llegare a haberlo; en efecto no es dudoso que hasta el más rudo de los conchitos pondrá su diez a la hora de rendir homenaje al autor de tantas regocijadas instantáneas, enfocadas sobre los pocos salientes poéticos de la popular cofradia.

Para que sepa el motivo de este respiro mio, le diré que no quiero que se vaya Noviembre y se me pudra el proyecto; y que llegue 1919, y de nuevo el mes de los muertos, y aun tengamos que ver con estupor y disgusto que la modesta tumba de Aquileo, protegida no há mucho de un Comité, se mantiene con sus apariencias de losa de cañería por no decir alcantarilla, cuadrada, cementada apenas, al nivel del césped, perdida en el barrio de mausoleos, sin una planta que la refrezque. ni una leyenda que la distinga, ni una cruz que la recomiende a la piedad y a las paces.

Y si me dirijo a Ud. de preferencia, es porque, parodiando con intento recto la frase consagrada, me ha parecido conveniente llamar por su medio a los poetas a fin de que entierren a los suyos.

Soy de Ud. atto. servidor y amigo,

FABIO BAUDRIT

Las nueve hijas de Mnemosina

La Hija Epica

I

Calíope

Novia de Homero.... Vibran tus trompetas
en cuanto vibra el pensamiento humano
y eleva, hacia el cenit, la heroica mano
que otras veces sepulta entre violetas.

Ariosto te enamora con inquietas
pupilas calcinantes. Un profano
estertor de guerreros surge en vano
al paso de los bélicos atletas.

Trasciende un aire montañés en todo;
y una ligera solución de yodo
prende el sol en la lanza de Belona.

Y al surgir algún canto, a la distancia,
se sueña en la altivez y la arrogancia
de llevar en la frente tu corona.

La Hija Musical

II

Euterpe

Hermana de David. Tras los breñales
el viento cuando sopla se entristece
como una alma hecha música; y parece
que vive una emoción en los trigales.

Pan esconde sus pífanos triunfales,
amado de las ninfas. Amanece,
en las mentes oscuras, cuando ofrece
Orfeo tus relatos musicales.

Nerón quiere pulsar tu egregia lira,
ignorando el secreto que suspira
en cada vibración de tus quimeras;

y en las noches más claras y sonoras,
resurge sobre el himno de las Horas,
la lejana canción de las esferas.

La Hija Trágica

III

Melpómene

Favorita de Shakespeare. En la huraña
amplitud del paisaje, sangra el cielo;
y en su fatal incertidumbre, Oteló
presume que Desdémona lo engaña.

La actitud del espíritu se extraña
de mirar tanta púrpura en el suelo:
el odio, la venganza, el desconuelo
que pueblan la ciudad y la montaña.

Esquilo alza la voz. Por tus alfombras
pasa un desfile de perversas sombras
en pos de calma, sin saber adónde;

y a la luz de tu trágica alegría,
bajo un sosiego de melancolía,
el sol como una lágrima se esconde.

La Hija Histórica

IV

Clío

Amada de Herodoto. Las princesas,
los jueces y los césares altivos,
ilustran la aridez de tus archivos,
convertidos en frágiles pavesas.

Plutarco de Beocia, con traviesas
miradas amplias de reflejos vivos
te invita a conversar. Y pensativos
se ven tus senadores a las mesas.

Llora en tu noche la canción remota
de una griega sutil que encuentra rota
alguna ánfora oval de dorios giros;

y en ese instante de emoción, el hombre
busca un nuevo relato que le asombre
y aparecen borrosos tus papiros...

La Hija Matrimonial

V

Erato

Amiga de Odiseo. La alba y breve
sonrisa de una novia se extasia,
mientras oye promesas de alegría
con que otra alma amorosa la conmueve.

Detrás de los nogales, en alevé
y lírica postura, un fauno envía
un guiño para Cloe que está fría
en su velo nupcial hecho de nieve.

Clitemnestra es ingrata. Blandamente
soliloquian las aguas de la fuente
que tiñen los crepúsculos de rosa;

y al pie de tus olímpicos altares
se adormece entre castos azahares
una cabeza inmaterial de esposa...

La Hija Danzante

VI

Tersípcore

Elegida de Baco. Se desliza,
al compás invisible de una orquesta,
una armónica danza en la floresta
que tu ritmo fugaz primaveriza.

Salomé, que te adora, diviniza
las fiestas del Tetrarca. Juan protesta:
—la vida es un ensueño y no una fiesta—;
y en medio de las sombras profetiza.

En tus noches, magníficas de estrellas,
se ven guirnaldas de mujeres bellas
que danzan dulcemente en las praderas;

y la luna, mirando desde el cielo,
pone besos de luz y terciopelo
en el desorden de sus cabelleras.

La Hija Celeste

VII

Urania

Ensueño de Pitágoras. Clarea
en la bóveda umbria; aroma el viento
con esencias antiguas; y su acento
en la calma nocturna fantasea.

Se aviva el pensamiento ante la idea
de otros mundos con otro movimiento;
y se concretan en el firmamento
los filósofos magos de Caldea.

Thales medita. Leves y radiantes
se prenden en las sombras tus diamantes
con elocuente y silencioso rito;

y a manera de casta vestidura,
solemnemente en su esplendor fulgura
la eterna excelsitud del infinito...

La Hija Comediante

VIII

Talía

Sonrisa de Aristófanes. La vida
luce un gesto glorioso: a cada instante,
va una risa benévola y errante
a perderse en la luz desconocida.

Plauto, por contemplarte, se descuida
de la oscura tahona; en adelante,
habrá más regocijo en su semblante
y usará tu careta como egida.

La ilusión es hermosa: en tu comedia,
el torvo neurasténico remedia
su dolor con el vino y con la amada;

y cuando Helios clarea en los confines,
aun rebota, perdido, en tus festines
el estruendo de alguna carcajada.

La Hija Lírica

IX

Polimnia

Pastora de Virgilio. El sol retoca
los trazos matutinos del paisaje;
modula un ruiseñor entre el follaje
y un cisne lento tu blancor evoca.

El aura, que está lírica, provoca
un susurro de estrofas en su viaje
de impreciso y armónico lenguaje,
que acallas con el índice en la boca.

Teócrito recita. Piensa y llora
Simeta, con dolor, cuando la aurora
ilumina sus hondos desengaños;

y en la paz de tu ensueño, los pastores,
al claror de los últimos fulgores,
van hablando de amor con sus rebaños...

La Madre Universal

X

Mnemosine

Abuela de los hombres. Se desgrana
una amable canción entre los sotos;
y ampliando los crepúsculos remotos
hay un suave blancor de porcelana.

Diosa de Zeus. La ilusión hilvana,
al llegar a tus ámbitos ignotos,
anhelos de abrazar los mitos rotos
a la luz de una helénica mañana.

Pero el hombre es el mismo: canta el trueno,
el odio triunfa, exáltase al veneno,
goza la envidia, el corazón se inquieta;

y en los instantes de expansiva calma
hablan tus Hijas con misterio y alma,
¡y las turbas bendicen al Poeta...!

Manuel Segura M.

1918.

 Invocación

Mío Señor Jesucristo que inclinas la cabeza
desde el madero excelso donde cuelgas clavado
y con mirada agónica permaneces callado
ante el fatal derrumbe de la humana grandeza.

No quieres el derecho de dejar la maleza
que ahogue la simiente del cristiano cercado
así como dejaste que tu cuerpo sagrado
fuera pasto de indignos que hollaron tu pureza!

Ha veinte siglos ruge la mundanal batalla;
veinte siglos de espera de tu retorno ansiado;
mientras tu efigie, en alto, sobre la cruz se calla...

Desciende con un rayo que a todos nos asombre!
Ya es tiempo de que vuelvas a quitar el pecado
y a hacer la Paz eterna del corazón del hombre...

Salvador Umaña

San José, Costa Rica, 1918

NOTA.—Salvador Umaña y Manuel Segura, son dos jóvenes que ya trabajan con distinción. Ojalá que llenen provechosamente su juventud y que no muy tarde les veamos en el noble triunfo lírico. — ATHENEAE acoge con especial cariño estas composiciones y las ofrece a sus lectores.

La Oración de "El Jobo"

Con motivo del Monumento erigido a la memoria de los Generales don Juan Rafael Mora y don José María Cañas, en Puntarenas, en el sitio donde fueron fusilados

Surja nuestra plegaria al pie de «El Jobo» legendario, con la misma insinuación de una alba estrella, que rompiese blandamente el ala de una sombra!

Surja nuestra oración de desagravio a pasados errores y que el alma de la Patria conserve en el arca de sus recuerdos, la valiosa enseñanza de todo un pueblo, de toda una nueva generación, que libre de las accidentales pasiones y torcidos intereses de una época, se dispone hoy a descorrer los velos que empañaban el nombre de sus más esclarecidos hijos, para ungirlos con los sagrados óleos de la más justa de las reparaciones!

Ningún poder humano es superior a la verdad, y con la misma insinuación de una estrella, que rompiese el ala de una sombra, el imperio de su luz ha penetrado ya en la conciencia nacional, llevando su claridad profunda a la página más odiosa de nuestra Historia.

Los nombres de Mora y de Cañas están ya absueltos definitivamente. Sin fuerzas extrañas que comprometieran la soberanía y el prestigio del país, se presentaron como hidalgos y bizarros adalides del derecho, en las playas de Puntarenas, sin otro acatamiento que los reclamos de su deber, y los llamados de todos los pueblos que no podían doblegarse al sombrío yugo de una infame deslealtad.

¿Qué trajo a Mora y a Cañas a esta bendita tierra de Costa Rica, dejando como en otra hora inolvidable, su tranquilidad y bienestar personales, sino la más gallarda entereza y la voz más honda del patriotismo?

Los gloriosos nombres de Mora y de Cañas, en la proporción de los tiempos, aumentan en valimiento y en honor, y convierten sus vidas en la más pura enseñanza de lo que significan y pueden los verdaderos hijos que aman y quieren a la Patria.

¿No los vimos antes, salvar al país con un centenar de combates, de los perniciosos intentos esclavistas de Walker y su falange bucanera?

¿No los vimos antes, devolver a nuestra hermana Nicaragua, el tesoro de sus instituciones, y castigar en servicio de Centro América, el más osado ultraje a su soberanía y a su integridad?

¿Qué puede mostrar Costa Rica, como noble y generosa acción en favor del bien universal y de la humanidad, como no sea el esfuerzo denodado de estos dos insignes Próceres, almas gemelas en el dolor y el

martirio, que no sólo se desvelaron por el bienestar y la cultura del país, sino que también rindieron la más bella y edificante página de nuestra modesta Historia?

¿No valen por todos los progresos y por todas las conquistas de la civilización, la hermosa lección de hidalguía y de carácter de que dieron siempre las más revelantes pruebas, en todos los actos de su vida pública, y el gesto airado y terrible con que protestaron de continuo contra toda violación a la ley y al derecho?

Manes de Mora y Cañas, volved a coronar a todas las frentes de los costarricenses con el beso de vuestros afanes y de vuestras inquietudes, por lo más santo de nuestros cultos y de nuestras tradiciones!

Volved a blandir vuestra espada libertadora, y que sus destellos lleven la redención por todas partes!

Os anticipasteis al soberbio Juárez, que repelió en la pujante tierra de Hidalgo y de Morelos, la audaz ocupación monárquica del imperio improvisado de los Bonaparte; os anticipasteis también, al bondadoso Lincoln, que con la sangre unciosa de sus hermanos lavó en el mármol puro de la enorme Nación redentora, la mancha de toda esclavitud!

Supisteis continuar la tradición de los que nos dieron Patria y de los que colmaron en América, la obra gigantesca de su independencia y de su nacionalidad!

En vosotros se encuentran todas las virtudes de la Patria, aunadas en armónico consorcio, sin una sola caída, ni el mas leve borrón de una falta.

Costa Rica se siente dichosa de vuestros nombres dilectos y os aclama como a sus más beneméritos hijos!

Y si ayer, sólo «El Jobo» memorable os prestó su sombra benéfica para recoger vuestros últimos alientos, vertidos por amor a la República y a su decoro, hoy que el mundo ofrece las más amplias renovaciones del derecho y de la justicia, os elevamos a la consagración por siempre definitiva, y os señalamos como el único símbolo de todas nuestras protestas, y de todas nuestras luchas por el supremo imperio de la razón y del bien.

«Jobo» bendito, dulce «Jobo», que vertisteis piadosa protección al sufrimiento amargo de nuestros más queridos defensores de nuestra libertad; que prestasteis la palabra sedante del susurro de vuestras frondas, para brindarles el postrer consuelo

a sus profundos desengaños, y para guardar sus más tristes pensamientos...

¡Qué bello destino, el vuestro, humilde «Jobo» y magnífico!...

Os tocó crecer, cuando la Patria conoció la época más feliz de su vida.

Recibisteis los halagos del contento de nuestros hermanos de ayer, que no atendieron entonces otros himnos que los del trabajo y la virtud.

Después, cuando se oyeron en la distancia las rudas pisadas del filibustero invasor, los visteis pasar llenos de entusiasmo, y de delirante ardimiento, dispuestos a la defensa del honor nacional y de la limpieza de nuestra bandera.

Escuchásteis los clamores de sus victorias, las alegrías de sus éxitos en las batallas, sus triunfales regresos.

Y luego, ... cuando la ambición abominable, arrebató su merecido laurel al Héroe entre los héroes, al magnánimo Mora, lo visteis alejarse sólo y melancólico, pensando en la desventura de la Patria.

A vuestras playas volvió, para arrancar a la traición sus venenos ponzoñosos, y no encontró sino la muerte por la propia acción de esos venenos...

No había olvidado que el mal no se combate con las mismas armas que emplea en su reino infernal, y como apostólico sembrador, se sacrificó para ofrecer su precio-

sa vida, como una última oblación en bien del futuro moral de sus hijos.

A vuestras plantas cayó, «Jobo» inolvidable, con su leal compañero, su amado Cañas, espaciando su mirada ante el océano y de frente a su grande y noble ideal, y sien esa hora cruel, visteis en ese doloroso sitio alzarse un patíbulo, hoy se levanta bajo la caricia de tus hojas, un significativo altar de imperecedera reparación; se yergue un enhiesto Monumento de granito y de mármol, eterno y sin mácula, como un formidable reto a todos los desvios y a todos los errores...

De nuevo despertáis, viejo «Jobo», dulce y humilde, en medio de las aclamaciones de los pueblos, y al ruido de la fusilería que antes llevara la muerte a los elegidos de vuestro corazón; la alegría vuelve a vuestro seno, que es el árbol y el alma de la Patria, y desde hoy, los cantos de las aves, las voces del mar y de los vientos, los ecos todos de la vida nacional, serán para vos, la mejor ofrenda a vuestra venerable ancianidad!

Vivid en paz, «Jobo» legendario, bendito «Jobo», testigo silencioso de nuestro más lucientes glorias y de nuestras tempestades!

Costa Rica os ama, y os pronuncia su oración más pura.

Claudio Castro Saborío

Diciembre 8 de 1918.

Notas

Duelos de América

Los canjes que recibimos nos dicen que en los últimos meses han muerto cinco grandes hombres del Sur: el poeta Guido y Spano, de la República Argentina; Carlos Octavio Bunge, el joven y sabio publicista argentino; Manuel González Prada, insigne literato peruano; Ismael Urdaneta, el sutil poeta venezolano que ha caído en el campo de Francia, gloriosamente, y el doctor don Alfredo Espinosa Tamayo, hombre importante del Ecuador, admirado y querido siempre por sus anhelos de cultura para la tierra en que naciera. El ilustre doctor Espinosa era un buen amigo de esta revista y en alguna ocasión nos escribió para encomiar nuestra labor y nos envió una de sus obras de educación.

ATHENEA da cuenta de estos sensibles duelos y sufre con las repúbli-

cas del Sur la valiosa pérdida de esos hombres.

La muerte de Rostand

El 2 de diciembre de 1918, a los cuarenta y ocho años de edad, ha muerto el gran poeta Edmundo Rostand, el mimado de Francia, orgullo de las letras latinas. — El celebrado autor de *Cyrano*, con D'Anunzio en Italia y con Darío en América, hacía la gloriosa trilogía lírica del mundo. Con Rostand pierde Francia a su más alto representante contemporáneo y el mundo a un poeta genial.

La revista Virya

Hemos recibido la culta publicación *Virya*, órgano de la Sociedad Teosófica de Costa Rica. Dirige esta revista don Tomás Povedano y por sus páginas flota un sincero anhelo de propaganda espiritual. — Agradecemos el envío y corresponderemos el canje.

ALSINA



IMPRESA
LIBRERIA Y PAPELERIA

Inmenso surtido
de útiles
para escuelas

Las últimas obras recibidas de América y
Europa están de venta en la Librería

“La Express”

— Frente a Robert Hermanos —

W. R. GRACE & Co.
San Francisco - New York
New Orleans

Importadores Exportadores
Vapores

Agencias

<i>Nicaragua</i>	<i>Cuba</i>	<i>Puerto Rico</i>
<i>Argentina</i>	<i>Italia</i>	<i>Salvador</i>
<i>Venezuela</i>	<i>Japón</i>	<i>Panamá</i>
<i>Jamaica</i>	<i>Brazil</i>	<i>Suecia</i>
<i>Ecuador</i>	<i>Botivia</i>	<i>China</i>
<i>España</i>	<i>Colombia</i>	<i>Chile</i>
<i>India</i>	<i>Guatemala</i>	<i>Perú</i>

GRACE BROS & Co. Ltd.

London & Liverpool

Oficina en San José: Pasaje Central

Teléfono 796

Charles G. Herdman

Agente General